



## Enrique Gil en El Bierzo: dolor y conciencia crítica del viajero extraño en su patria



ANICETO NÚÑEZ

El *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* lo presentó Enrique Gil en una serie de ocho artículos –nos ocuparemos aquí de los cinco dedicados al Bierzo–, publicados en el periódico *El Sol* en 1843. Su destinatario no sólo era el ciudadano culto, sino también el lector habitual de periódicos en aquella época.

A partir del realismo de Flaubert, contemporáneo de Gil, que una vez más se anticipa y es precursor, la literatura dejó de transformarse en un grito personal para convertirse en una manera de expresar la relación del hombre con la realidad. Realidad que no es más que el medio, el contorno que nos envuelve. Este intento permitía describir, desde la literatura, aspectos ocultos de la vida social y de la historia. Se trataba, fundamentalmente, no sólo describir lo que se veía en palabras o en pinturas, sino encontrar la verdad en toda su profundidad. La belleza del paisaje exige descubrir los problemas sociales, abriendo la posibilidad de analizar realidades humanas menos idealizadas: el individuo está configurado por sus deseos y sus necesidades tanto como por su situación social y su entorno.

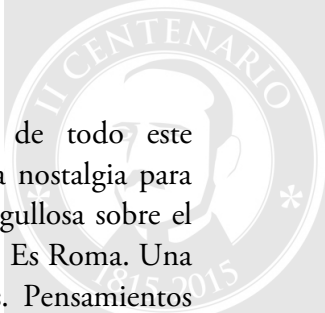
En *Anochecer en San Antonio de la Florida*, Enrique Gil nos lo deja perfectamente descrito:

Su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y privaciones; y, desamparado de los hombres, habíase obligado a conversar, como lord Byron, con el espíritu de la naturaleza... Sólo de cuando en cuando, y como por singular merced, le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando a pueblos colosos que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas.

En este *Bosquejo* coinciden dos influjos fundamentales: la conciencia de lo desconocido, a pesar y a causa del conocimiento histórico y el torrente de la Ilustración declarando su empeño en el cambio y en el progreso. De ahí sus denuncias: “El Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono”.

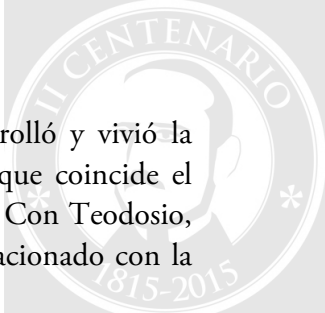
Abandono y desprecio hacia la agricultura o a la ganadería, al arte y a las costumbres... por ello, el “interior” que aparece en el título no se agota en lo meramente geográfico, sino en el “interior del yo”, de su patria. El interior que no sólo contempla, sino que define. El esquema general a lo largo y ancho de su libro es sencillo: en primer lugar, la belleza de las ruinas o de las costumbres. Pero Gil y Carrasco no se queda ahí: voltea todas las campanas del Bierzo para denunciar el estado de abandono y para proponer acciones inmediatas. “La Babia es un país triste, desnudo y riguroso”. “El país [de los maragatos] es árido y triste en general”. La esperanza de toda una generación de intelectuales y algunos políticos que lucharon denodadamente para que todas las campanas del Bierzo resonaran al mismo tiempo para iniciar el camino del cambio y del progreso.

Enrique Gil se lamentaba de la situación en toda España: “¿Tan poco digna de respeto es la bandera del pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquella entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza éste, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con que existir y desarrollarse? Por ese camino, pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta”.



En su primer artículo, Gil afronta la realidad de todo este planteamiento. Debemos abandonar la arqueología y la nostalgia para sentarnos en esa “extraña colina que se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo”. La denominamos Castro de la Ventosa. Es Roma. Una Roma que nos ha transmitido energía y pensamientos. Pensamientos que deben recorrer su camino: primero, conocer. Después, investigar. El Bierzo está a nuestro alcance: Cacabelos, Carracedo, Ponferrada, Columbrianos y San Andrés, la Aquiana y el Sil, Villaverde y Dehesas, Toral de Merayo, Rimor, Priaranza, Cornatel, Vilela y Corullón. El espacio y el tiempo juegan caprichosamente en las “tajadas cárcavas y los caprichosos picachos encendidos de Médulas”. Es el resultado de una raza que, durante siglos, formó parte del imperio romano. ¿Feneció toda esta grandeza? ¿O los bercianos sólo estamos esperando que retorne aquella raza de gigantes? Esa espera sólo resultará fructífera si logramos tener su grandeza en la lucha entre el tiempo y la acción. Con seguridad, fue el pensamiento que Enrique Gil desarrolló sentado en la extraña colina del Castro de la Ventosa.

El segundo artículo se refiere a las Médulas, de donde salieron decenas y centenas de libras de oro, como afirmó Plinio: “En ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta fertilidad de oro”. En el año 1840, en pleno otoño berciano plagado de castañas, Gil, con amigos, visitó la red de canales que recogían las aguas de las montañas para “derrumbar los montes” lavando el oro que esos parajes bermellones escondían en sus entrañas. “Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas”. La tierra parece allí profundamente atormentada. Las montañas están abiertas en todas las direcciones. Visitaron con interés la ruina de Orellán, que es la más famosa por su extensión y anchura y donde “el aire es grueso y húmedo”, asegura Gil. Sin duda, la presencia multisecular de Roma en El Bierzo, precisamente en los momentos en que Roma dominaba el mundo, tuvo que producirse una influencia de la que no tenemos informes precisos. Pero no debemos olvidar que a *Bergidum Flavium* (actualmente, Pieros-Cacabelos) llegaban tres importantes itinerarios realizados por los romanos. La *gens Flavia*, a la que perteneció Vespasiano, que decidió bautizar a *Bergidum* con su apellido,



*Flavio*, se instaló en El Bierzo, donde se formó, desarrolló y vivió la rama de Teodosio, familia de la *gens Flavia*, sobre lo que coincide el acuerdo progresivamente elaborado de los historiadores. Con Teodosio, Egeria, la sonrisa del Bierzo, y Máximo, emperador relacionado con la familia teodosiana, todos ellos en torno a *Bergidum*.

El tercer artículo se refiere a la memoria que los bárbaros (suevos, visigodos...) dejaron en El Bierzo. El primero de esos grandes personajes fue san Fructuoso, nacido en Braga (Portugal) y vástago de estirpe noble de los godos que, visitando propiedades familiares en El Bierzo, decidió crear en Compludo un monasterio para que todos aquellos que desearan vivir su fe de acuerdo con lo que les exige, pudieran tener un lugar separado del mundo y practicar el ascetismo en pleno siglo VII. Posteriormente, Fructuoso fundó el monasterio de San Pedro de Montes. Le sucedió Valerio del Bierzo, perseguidor implacable del demonio y vencedor de muchas luchas con él. En el siglo IX, san Genadio reedificó Montes y creó el monasterio de Peñalba. Los tres, Fructuoso, Valerio y Genadio, y sus fundaciones de Compludo, Montes y Peñalba, constituyen la Tebaida berciana.

A partir del siglo X comenzaron a surgir nuevos monasterios, como Carracedo y Vega de Espinareda, donde cursó estudios Enrique Gil en su juventud. Sin duda alguna, la descripción de la subida al Valle del Silencio, acompañado por amigos, merece releerla:

...el camino se aparta de él y sube a la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados y solamente se percibe, confuso y quebrado por los ecos, el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta a una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta, da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra e forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida...

Su cuarto artículo se centra en las iglesias de arte románico, aunque Gil mantiene la denominación de “lombardo” porque en el norte de Italia sucedió al estilo bizantino. En Corullón encuentra las iglesias de

San Esteban y San Miguel. En Villafranca, donde se instalaron los monjes de Cluny, menciona la iglesia de Santiago, cercana a un pequeño hospital de peregrinos.

En el año 990 el rey Bermudo II *el Gotoso* fundó el monasterio de Carracedo, sin duda el más sobresaliente del Bierzo. Finalizada la época de las luchas permanentes entre la Cruz y la Media Luna, este monasterio creció en consideración y riquezas. La infanta doña Sancha gobernaba El Bierzo desde sus aposentos en el monasterio. De repente, Enrique Gil explota, atacando no sólo a la ignorancia, sino también el atrevimiento de los monjes que, con el fin de celebrar bien de pontifical, derribaron la iglesia para ampliar el presbiterio. ¡La iglesia de doña Sancha! Sólo pudo callar y morder los labios, pero no pudo evitar la crítica: “Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante”. Al menos, se salvó, nos dice, la habitación de la infanta Sancha, que también creó el monasterio de monjas bernardas de San Miguel de las Dueñas.

Ponferrada, Bembibre, Cornatel, Corullón son los castillos que ocupan la quinta descripción que trata los restos militares. El castillo de Bembibre fue, tal vez, un puesto para descanso. Enrique Gil lo utilizó para centrar las escenas trágicas del amor entre don Álvaro y doña Beatriz, entremezclándose con el final de los templarios. El contraste con Bembibre sería Cornatel, que se parece más a un nido de aves que a una morada de guerreros. Terreno inaccesible y agreste donde se estableció una ventana al abismo, que causa un vértigo inigualable, pero que es capaz de controlar las comunicaciones con Galicia. Por el contrario, Corullón controlaba colinas suaves, huertos de cultivo, prados y sotos de castaños, y todos estos castillos pertenecían a los templarios, como el de Ponferrada, donde Gil se detiene.

El castillo de Ponferrada adorna su puerta principal con la cruz de ocho puntas, símbolo del Temple. En el cuartel interior central encontramos la cruz orlada por el ya conocido versículo, *Nisi Dominus custodierit civitatum, frustra vigilat qui custodit eam*. En lengua conocida, “¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!”. Durante ciento ochenta años, el Temple había sido considerado como la

orden más rica y poderosa del mundo. Símbolo ardiente y eterno de las cruzadas para salvar Jerusalén, fueron burlados en su fe y engañados en su esperanza.

No cabe duda de que Enrique Gil era un defensor de la dignidad de esos cruzados y del error de su aniquilación. Pero, además, este castillo de Ponferrada, concluye el viajero, “está ligado a los recuerdos de su infancia, a las puras alegrías del hogar doméstico y a los ilusiones generosas de la primera juventud”.

